

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 543.

MURCIA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1900

La Juventud Literaria

CASOS Y COSAS

—Chica, ¿cuándo nos casamos
—Hombre, yo me casaría,
pero temo que te dejen
cesante.

—No temas, chica,
que tu padre es sagastino
y mi padre es silvelista,
y, como al caer Silvela,
Sagasta entrará en seguida,
seguiré estando empleado
sin miedo á la cesantía.

Ante varios parroquianos
un tabernero esto dijo:
«Como librepensador,
yo no bautizo á mis hijos.»
Y un parroquiano, muy chusco,
le interrogó: «Pues, amigo,
si á sus hijos no bautiza,
¿por qué bautiza usted el vino?»

Según cuentan, en España
hay muchos que se hacen ricos
tan sólo desempeñando
ciertos cargos honoríficos.

Vi á un beato en una iglesia
dándose golpes de pecho,
y después le vi prestando
al cuarenta y seis por ciento.

Por conseguir un destino
hoy se hacen tantas bajezas,
que hay personas que se arrastran
lo mismo que las culebras

VICENTE RUBIO.

DESDE LA CORTE

Estamos en el periodo agónico de
las contratas teatrales.

La calle de Sevilla está convertida
en mercado del Arte ó en lonja
de coristas de ambos ó triples gé-
neros gramaticales.

Entre el montón de cómicos des-
tinados á la exportación, se destaca
de vez en cuando, la sombra de una
patrona de casa de huéspedes, ó la
silueta de un sastre.

—¡Buenas tardes, Gutiérrez!

—¡Hola, señá Sempronia! ¿Qué
desea usted?

—¿Se ha contratado Martínez?

—Sí, señora; para Marmolejo.

—¿Y qué va á hacer allí, drama
ó zarzuela?

—Va á tomar las aguas, y de paso
hará género chico.

—¿Y de que va?

—De barba.

—¡De sinvergüenza debe decir!
¿Desde Mayo lo tengo en casa, y to-
davía no he visto ni una peseta!

—Doña Sempronia, no se sulfu-
re, y antes de tomar una resolución
averigüe usted una cosa.

—¿Qué?

—¡Si la ha visto él!

En las estaciones de Madrid, y á
la hora de la salida de todos los tren-
es, puede verse en los salones de
espera, algún rebaño artístico espe-
rando que les apliquen la tarifa re-
ducida.

Los agentes teatrales encargados
de una de estas compañías, cuen-
tan á sus individuos por cabezas, y
hasta que los colocan en el coche y
parte el tren; no pueden decir esto
es cosa mía.

—¡Diga usted López!—dice una
tiple al agente,—que no se le olvide
á usted que yo necesito tres billetes
de primera, uno para mi mamá,
otro para mi administrador y otro
para mí.

—¡Descuide usted! ¡Ah! Una ad-
vertencia.

—Usted dirá, Lopez.

—La empresa no paga el billete
del perro.

—¡No hace falta! Lo lleva mi ma-
má.

—¿Dónde?

—¡En el pecho!

El agente recorre varias ventani-
llas con la declaración jurada, de los
individuos que forman la expedición
de doble pequeña velocidad, pues
casi siempre van en los trenes mix-
tos, y por fin le entregan los bille-
tes.

—¡Aquí tiene usted señor Men-
gáñez!

—¿Qué me dá usted López?

—¡Un segunda!

—¿Pero, usted cree que yo soy
tenor de segunda clase?

—No, señor; pero la empresa me
ordena que al tenor, lo facture en
segunda.

—¡Pues diga usted á la empresa
que el tenor, no vá más que en pri-
mera!

—Puede usted tomar un suple-
mento.

—¡Y un calarro!

—Y no se pierda nada.

—¡Pierdo la voz!

—Diré que se la precinten.

—¡Ahí es nada! ¡De Madrid á
Chiclana! A usted le conviene más
que á mí, amigo López.

—¿Por qué?

—Porque si usted dice á la em-
presa, que le manda un tenor en
segunda, cuando llegue á Chiclana,
van á sufrir un desengaño, y se van
á encontrar con que lo que usted
les manda no es un tenor, sino...

—¿Qué?

—¡Un grillo!

E. LUQUE MÉNDEZ VIGO.



CANTARES

—(«O»)—

El amor y el interés
salieron á viajar juntos
pero aquél llegó hasta el cielo
y este no salió del mundo.

Del tamaño de un guisante
tengo una caja de plata
y guardo enterrada allí
el corazón de una ingrata.

—
Cuando comparo el cariño
que te tuve, al que te tengo,
me dan ganas de llorar
y reír al mismo tiempo.

—
Dormido sueño contigo,
despierto contigo sueño,
y aún te atreves á dudar
de lo mucho que te quiero!

—
El colmo de la desgracia
es querer á una mujer
y que esa mujer sea mala.

—
Dos ellas tengo incrustadas
en mitad del corazón:
una es la que me consume;
otra, la que me parió.

—
Porque á quererme volvieras
diera yo, ladrona mía,
veinte vidas que tuviera.

—
Tanto te llegué á querer
que casi llegué á olvidar
la madre que me dió el ser.

EL MARINO

—(«O»)—

Triste es la vida del marino, triste,
siempre en continua guerra
con el inmenso mar, que se complace
en hacer más amarga su existencia.
Cruza el piélago alegre y tan sereno,
que las olas que al buque el mar estrella,
él, con tristeza suma
las vé venir, más siempre las desprecia.
Y así como el soldado
contra sus enemigos va y pelea
sin pensar si la vida
perderá en la refriega
por defender su patria, y ver triunfante
pasear por el mundo su bandera,
así el marino al irse el buque á pique
peleando por una ingrata tierra
y viendo sumergirse con el buque
sus esperanzas dulces y risueñas,
lucha con el abismo,
pierde todas sus fuerzas,
y abandonándose á su suerte, muere,
sin pensar tan siquiera,
que allá abajo, en el fondo,
no una tumba le espera,
si no los peces, que impacientes se hallan
por devorar su presa.

I. C. O.

